

Sirva de ejemplo el de *Lecturas para obreros*, que tiene aquí una redacción absolutamente nueva.

Para terminar, dos palabras en cuanto al título. Quienes conozcan mis ideas (á mayor abundamiento quienes me otorguen el honor de leer este libro), se lo explicarán cumplidamente; pero yo debo decir lo necesario en el Prólogo, para los que no me conozcan ó no pasen de él.

Quienes, guiándose por el título, piensen encontrar en las páginas que siguen estudios ó pareceres sobre las cuestiones antonomásicamente llamadas obreras, es decir, sobre las cuestiones económicas que integran en su mayor parte la gran cuestión llamada «social», se equivocarían. Considero, no obstante, que he bautizado con exactitud este libro; porque al obrero, como tal y como hombre, le importan también otras cosas que las relativas al capital y al trabajo y, por consiguiente, se le plantean, en la inteligencia y en la vida, muchas «cuestiones» de trascendencia que no son las estrictamente económicas. Á esas otras cuestiones—que, conforme he apuntado diferentes veces, se ligan de un modo tan fundamental con las económicas y que, en fin de cuentas, no son menos *sociales* que estas últimas—se refiere el presente libro. Y porque de ellas he hablado muchas, muchas veces, con los obreros alumnos de la Extensión universitaria de Asturias, que tan al vivo saben sentir-las, á ellos he dedicado las páginas que siguen, y con esto me forjo la grata ilusión de que continúo conversaciones de otros tiempos, siempre gratos á mi espíritu.

Madrid, Enero 1914.

## CUESTIONES DE CULTURA

I

**La educación del obrero** <sup>(1)</sup>

---

SEÑORES:

Suelen ser los Discursos de apertura, en los establecimientos docentes, disertaciones científicas dirigidas más bien al profesorado de la casa que á los alumnos, los cuales forman, sin embargo, no sólo el elemento superior en número, pero también el que requiere mayor atención, más dosis de consejos y advertencias, más impulsos que le ayuden á proseguir por el camino del trabajo con el ardor que comunica un alma llena de ideal. Contrariamente á esta costumbre—que la legislación ayuda á mantener—yo creo que las oraciones con que se inaugura anualmente un nuevo período de labor pedagógica deben hablar de ésta en primer término, dirigiéndose singularmente al factor más activo é importante que existe en la relación

---

(1) Discurso leído en la apertura de curso de la Escuela Ovetense de Artes y Oficios.—Enero de 1901.

educativa. Consecuente con esta creencia, voy á cumplir la honrosa misión que el señor Presidente de la Sociedad Económica Ovetense de Amigos del País me ha confiado, exponiendo algunas observaciones que se refieren á los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios, en quienes yo veo la representación escogida de la clase obrera ansiosa de cultura.

Cuando se habla de educación del obrero, es lo general traducir esta idea, inmediatamente, por la de educación técnica, que responde á la preocupación utilitaria de la mayoría. Explícita ó implícitamente, se viene á razonar así: el obrero lo que necesita ante todo es resolver su cuestión económica, es adelantar en su oficio, ya para obtener mayor jornal, ya para perfeccionar el producto asegurándole mayor mercado y precio más subido. Por lo tanto, una vez posesionado de los conocimientos que pueden llamarse *instrumentales* de toda cultura, una vez que sepa leer y escribir, hay que orientar todo el resto de su instrucción y de su educación en un sentido eminentemente práctico, en vista del oficio propio; porque el obrero no tiene tiempo que perder en los pulimentos del espíritu, en los estudios *teóricos* que los ricos —palabra muy relativa, quizá más que ninguna otra— pueden permitirse. Con esta sentencia por delante, y exagerando el apremio del tiempo y la limitación ó particularidad de cada orden de trabajo manual, se reduce considerablemente el pro-

grama de la educación obrera á las cosas más ostensibles y estrechamente ligadas con la vida del alumno como trabajador de tal ó cual clase. Todo lo que cae por fuera de esta preparación especialista, se tiene por cosa vedada, á título de inútil ó de inasequible.

No debe extrañarnos esta manera de ver las cosas con relación al obrero—cuya educación es problema de ayer de mañana, como quien dice—, pues la misma burguesía, que tiene tradiciones muy diferentes, no piensa de otro modo respecto de sí propia. Verdad es que la mayoría de los niños burgueses—esto es, aquellos que no han de dedicarse á trabajos manuales, sea cualesquiera la riqueza y la clasificación ú origen social de sus padres—después de la escuela primaria cursan el bachillerato, donde (teóricamente) se les da una instrucción enciclopédica, cultivando todos los órdenes de su actividad intelectual y todos ó casi todos los ramos de la cultura humana. Pero no debemos olvidar que muchos, muchísimos padres, no transigen con la segunda enseñanza sino porque el título de bachiller es necesario para los estudios profesionales, es decir, porque sin él no admitirían á sus hijos en la Universidad ó en la Escuela profesional, y creyendo, en el fondo, que para nada sirven «en la práctica de la vida» las más de las materias de aquel período. Puede apostarse doble contra sencillo á que si se hiciese una ley plebiscitaria de instrucción pública, casi

todos los padres—aun los más *progresistas*—votarían por la supresión de muchas asignaturas y la reducción á un par de años, verbigracia, del bachillerato, para que los niños tengan pronto su título, terminen aun adolescentes una carrera y se coloquen en potencia propincua de ganar buen sueldo... y casarse á las primeras de cambio.

Como, felizmente, es de esperar que para esto no se implante entre nosotros el régimen de la democracia directa, consideremos como factor obligado la segunda enseñanza con su carácter de cultura general, y demos por bueno que rinde todos sus frutos naturales: cosa de que también dudan todos los padres de familia, y esta vez con plena razón.

En la enseñanza superior, la preocupación reaparece. Claro es que en ella las especialidades se imponen y nadie piensa en que un futuro abogado estudie el cálculo infinitesimal á la vez que el derecho civil, ó que un candidato á ingeniero curse, juntamente con la resistencia de materiales, la anatomía que se exige á los médicos. Esto no obsta para que haya muchas cosas comunes á todas las especialidades, ó á varias, dentro del mismo grado de enseñanza superior y del sentido profesional, como han reconocido algunos legisladores—verbigracia, entre nosotros, el malogrado é inolvidable Ministro de la República señor Chao y ahora el señor García Alix—proclamando el principio de las relaciones interuniversitarias de

las diferentes Facultades y señalando estudios comunes á dos ó tres de éstas. Pero aun descartando esta cuestión, dentro ya de cada carrera el principio técnico, utilitario, *práctico*, que se dice, renuévase con extraordinario vigor. Concretándome á mi Facultad—que naturalmente conozco mejor que otra alguna—es bien notoria en muchos la tendencia á no considerarla sino como una Escuela profesional encargada de formar *abogados*; y como el abogado es, para la inmensa mayoría de las gentes, un hombre que conoce bien las leyes de su país (singularmente las puertas falsas, tranquilas y recursos habilidosos con que brindan) y juntamente con esto es persona desenvuelta, atrevida, fácil de palabra, capaz de travesuras lícitas para habérselas con la curia, los jurados, el fiscal, el defensor de la parte contraria, etcétera, etc., trasteándolos á todos y saliéndose con la suya, lo que no sirva—aparte las dotes naturales, que no hay Facultad que las cree—para formar profesionales por el estilo, huelga en la educación de los letrados; y así se predica contra las asignaturas teóricas y contra los muchos años de carrera, que los mismos alumnos (recogiendo la doctrina á fuer de listos) se encargan de acortar mediante una sabia combinación del sistema oficial con el libre, de que gozamos para mayor gloria y provecho de la enseñanza. Verdad es que ésta, hoy por hoy, no forma ni abogados ni *teóricos*, cojeando de ambos pies, no por tropiezos del

uno con el otro, sino sencillamente porque á lo *práctico* de los estudios no se les da ese carácter, y lo *teórico* no suele pasar de generalidades de poca substancia. Pero volviendo á mi tema, si el consabido plebiscito se aplicara á la organización de la Facultad de Derecho, es seguro que por una inmensa mayoría quedarían reducidos los estudios á la pura legislación vigente, con más ó menos comentarios *prácticos* y quizá algo de aprendizaje de bufete (como se hace, verbigracia, en Austria), ó de Registro, ó de Notariado, etc. Todo lo que fuera cultura filosófica ó historia del Derecho, formación de un ideal jurídico, elevación del espíritu de justicia—que suele ser diferente del legal—, educación lógica para la función interpretativa en que consiste propiamente todo el arte del jurisperito, eso sería implacablemente borrado del programa. No hay más sino ver que en países de mayor cultura, como Francia, es cuestión muy discutida ésta, y muchas las voces que piden un refuerzo vigoroso de la cultura general jurídica de los abogados; lo cual supone que hoy no la tienen.

Contribuye á mantener aquella limitación de sentido la corriente poderosísima de la pedagogía moderna favorable á una educación realista, positiva, y contraria acérrima del antiguo verbalismo libresco, del psitacismo ó repetición memorista de palabras cuya significación no penetra el alumno; pero esta ayuda no procede en rigor del

fondo de esa corriente, sino de su interpretación torcida por el vulgo. Que un ingeniero, verbigracia, salga de la escuela sabiendo hacer caminos y puentes y que se haya formado en esta habilidad practicando lo mismo que luego habrá de proyectar y dirigir, no implica que esté ayuno de ciencias matemáticas y naturales, sino al contrario, que sepa muy profundamente todas las que dicen relación á sus obras, aprendiéndolas en vivo, que pudiera decirse, pero de tal modo que arranquen su espíritu de la rutina y le permitan fecundar constantemente la realidad en que refleja su acción, con nuevas invenciones, procedimientos y victorias sobre la Naturaleza, siempre varia y rebelde. Y como quiera que su ciencia aplicada tiene relación con necesidades sociales del orden económico y jurídico, en cuyo servicio precisamente trabaja, la misma labor técnica del ingeniero ganará, que no perderá, con estar presidida por un espíritu iluminado con el conocimiento de la trascendencia social que cada obra tiene de por sí y de los factores humanos con que necesita contar indefectiblemente.

En tesis general, la teoría que es verdadera teoría y no ilusión ó charla insubstancial, no sólo no daña, sino que es ineludible condición para la buena práctica que de ella sale y á ella está ligada plenamente.

Apliquemos ahora estas consideraciones generales á la educación é instrucción del obrero, y

salta á la vista que la misma habilidad técnica será en él tanto mayor, más consciente de sí misma y más fácil á los perfeccionamientos, cuanto más alta (es decir, más *teórica*, empleando la palabra que el vulgo le daría) sea su cultura en la ciencia correspondiente al arte que practica, en las que con ella se relacionan (que es decir todas) y en general, cuanto más despierta tenga la inteligencia por un cultivo amplio de sus funciones. Parece, por ejemplo, que para hacer un mueble basta ser mediano carpintero ó ebanista. No saliendo de los tipos más modestos y de los modelos corrientes, es indudable. Pero en cuanto se trata de algo escogido, especial, ó de creaciones nuevas, la empresa necesita de conocimientos muy superiores á los del simple oficio, necesita de cultura artística, histórica y hasta social, para apreciar bien las necesidades á que ha de responder la obra, los gustos y tendencias de época, los elementos históricos (arte antiguo) que convendrá aprovechar, resucitándolos ó combinándolos de diversas maneras; y es absolutamente cierto *que logrará mayores éxitos en esta labor, y mayor lucro, por tanto*, el industrial que mejor dotado esté de esas condiciones de cultura. Y no se diga que esta es ventaja reservada á pocos y que la mayoría de los obreros estará ligada siempre á esfera más modesta y á labor casi mecánica; porque como esos pocos no vienen al mundo ya con semejante supremacía, sino que tienen que ganársela por el

trabajo, y la puerta de éste á todos y á todas horas se halla abierta, claro es que cualquier obrero está *en posibilidad* de llegar al más alto grado de perfección. Más diré: todos deben aspirar á él, porque el hombre que no ambiciona perfeccionarse y mejorar su condición social, no es digno de la vida. En lugar de apocaros y de satisfaceros con lo que sois y tenéis, aspirad siempre á ser más, y el éxito se os dará por añadidura. Buscadlo por el único camino verdaderamente humano y honrado, que es el del esfuerzo propio.

No hace mucho, leí en una revista que cierta fábrica extranjera de instrumentos de metal tenía establecido un buzón, dedicado á recoger las proposiciones de mejoras en el producto que se les ocurren á los obreros. Estas proposiciones son examinadas por un tribunal técnico que acepta las que cree verdaderamente útiles; y, en efecto, la fabricación se ha perfeccionado mucho, merced á repetidos inventos y observaciones de los obreros, que así colaboran á la obra intelectual de la industria. Como esos trabajadores deberían ser todos; ¿y quién dudará que las proposiciones más ventajosas procederán siempre de los que más hayan cultivado su inteligencia y penetrado la realidad, no sólo en el círculo estrecho de su labor individual, sino en el amplio campo de las operaciones mecánicas y de las ciencias naturales que á ellas se refieren?

La experiencia diaria nos brinda con ejemplos

del valor grandísimo que tiene una cultura general aun en las aplicaciones más concretas. A nadie que no sea carpintero, verbigracia, se le ocurrirá competir con uno que lo sea en la producción propia de ese arte; ¿pero cuántas veces no sucede que una persona de cultura rectifica acertadamente la operación hecha por un técnico, ó prevé los inconvenientes y peligros de ella, aunque sea lego en el oficio en cuestión? Los técnicos suelen reirse y desde luego rechazar esas intrusiones; pero con frecuencia tiene razón el intruso. ¿Por qué, si no posee la educación técnica apropiada? Pues porque el cultivo extenso que ha hecho de su inteligencia le permite abarcar un sinnúmero de relaciones de las cosas que al obrero reducido estrictamente á su labor se le escapan; y mediante ese conocimiento general, puede saber de un arte determinado, en ciertos momentos, más que el mismo artífice. El vulgo suele decir que hasta para clavar un clavo se necesita talento. No; lo que se necesita para hacer bien las cosas es una inteligencia despierta por el trabajo.

Pero notaréis que en todas las consideraciones que preceden no hemos salido de los efectos *útiles* de la cultura general. Examinemos ahora los que vulgarmente no son así llamados. Quiero suponer, por un momento, que hay órdenes del saber desligados de todos los demás y que en ellos no se reflejan; es decir, quiero suponer el absurdo de que si la inteligencia se cultiva en de-

terminado sentido de una manera suficiente, esto no amplía su capacidad y su aptitud para recibir otros conocimientos y comprenderlos y asimilarlos con mayor facilidad y rapidez: y supongo este absurdo, porque mucha gente cree en él. Conven-gamos, pues, en que hay cosas de la cultura general que para nada influirán nunca en la vida propia del obrero *como obrero*. ¿Pero acaso éste no es, ante todo, hombre, y como hombre ser de sentimientos, de aspiraciones ideales, de necesidades comunes con las de los demás prójimos suyos, ciudadano, padre de familia, accesible á todos los amores y á todas las emociones que proceden de la naturaleza, de la sociedad y del arte? ¿Por qué razón y con qué derecho limitaríamos la vida del trabajador manual, cercenándole actividades y expansiones que en los demás hombres son comunes? En un siglo en que se proclama la emancipación económica de la clase obrera y se lucha afanosamente por darle en la jornada natural un periodo de descanso (llenando así una aspiración que el maestro Ahrens formulaba hace muchos años dentro de la escuela krausista), no puede haber ni siquiera el subterfugio de que el obrero carece de tiempo para dedicarse á otra cosa que su trabajo profesional.

El día que impere para él ese régimen ideal *de los ocho* que proclaman los ingleses (1), y sabido

(1) Consiste este régimen en dedicar ocho horas al trabajo, ocho á las distracciones y ocho al sueño.

es que en no pocas partes ya se ha conseguido, tendrá tanto tiempo como cualquier otro trabajador (verbigracia, los intelectuales, á quienes no les vendría mal, en más de un caso, la imposición forzosa de tal régimen) para cultivar su espíritu en otras direcciones que la determinada por el oficio ó la parte de oficio que ejerce. Quien otra cosa predique apoyándose en el señuelo de un utilitarismo mezquino, que seca las fuentes mismas de la vida, ese no quiere bien á los obreros. Así como repugnáis ser esclavos de la industria ajena, debéis también rechazar la esclavitud á que os condenaría un uso exagerado de vuestras propias fuerzas, acumulando trabajo en las horas libres con el apetito de la ganancia, sin dar expansión ninguna á vuestro ánimo y cerrando vuestro espíritu á los grandes goces del sentimiento y de la inteligencia. Seríais así materia fácil á explotaciones futuras, porque la ignorancia y la sequedad de corazón empequeñecen á los hombres y los entregan atados á las habilidades de los explotadores sutiles.

He hablado de goces, y en efecto, esa es una de las cosas que sacaréis de la cultura general á que os incito. En primer lugar, como el fin de la inteligencia es saber, cuando le damos satisfacción en forma y medida adecuadas, le proporcionamos un goce, el de toda función que se cumple normalmente: dándose el caso de que en ella, cuanto mayor sea la medida en que le demos alimento

(no excediéndonos á cantidades extraordinarias que pueden perjudicar), más grande será su placer. Muy á menudo oís hablar de trabajadores intelectuales para quienes su ciencia es el goce mayor de la vida, que no cambiarían por ningún otro. Lo que el vulgo pudiera tener por fatiga, ellos lo tienen por admirable y soñada distracción.

Pero, además, á medida que vamos conociendo el mundo que nos rodea, hallamos en él nuevas fuentes de belleza y esparcimiento. Vosotros sabéis bien lo que esto es, cuando á fuerza de roce y de intimidación con las máquinas que maneáis—y que á los profanos pueden parecer feas, sucias, temibles—llegáis á encontrarlas bellas, atractivas, y gozáis en pulirlas y aderezarlas como á una mujer amada.

Los espectáculos de la Naturaleza nos brindan con hermosuras y delicias, también en razón directa de lo que dentro de ellos vemos (es decir, de lo que conocemos de ellos), porque á medida que se penetra su realidad va pareciéndonos ésta más rica de prodigios y encantos. El cielo estrellado, es sin duda cosa magnífica y que á todos más ó menos admira y seduce; pero está más henchido de bellezas, ofrece más goces y distracciones para el espíritu culto que para el ignorante. Así como nuestros ojos ven más cuanto más luz tienen en su horizonte, así la inteligencia iluminada ve más, *ve materialmente más cosas* que la cerrada á toda cultura. No sin verdad se ha dicho que no es el labra-

dor— aunque vive en el campo— quien ve y goza más del paisaje que le rodea, sino el hombre de la ciudad que tiene, para estimar las líneas y los colores, las masas y los accidentes, los ojos del alma abiertos y llenos de imágenes.

Esa apreciación cada vez más grande de lo bello que hay en el mundo; esa aptitud para hallar á nuestro alrededor cosas agradables que ensanchen el espíritu, creedme que es una de las delicias mayores de la vida. Multiplica nuestras alegrías y placeres, que bien poco son, por desgracia, y esto lo hace sin daño para nuestra salud ni gasto para nuestro bolsillo. Y así va elevando y dignificando nuestras distracciones, nuestros días de fiesta, nuestros ratos de holganza. Sólo el que no sabe divertirse en otra cosa, pasa su tiempo en la taberna, en el café, en el garito ó en los toros.

Lo que he dicho particularmente de la Naturaleza, puedo decir también del Arte. Para quien no sabe leer, ¿qué valor puede tener un libro? Para el que, sabiendo, no ha llegado— por culpas propias ó ajenas— á encontrar *gusto* en la lectura, hállese ésta borrada del campo de sus placeres y distracciones. ¡Pero cuántos goces no encierran los libros! ¡Qué momentos tan hermosos, qué emociones tan hondas no despiertan los grandes poetas, los buenos novelistas, los escritores de raza! ¡Cuántas veces consuelan de grandes amarguras y de crueles desengaños! Pensad tan sólo en el goce que muchos experimentáis con la lectura de

un mal folletín, de una novela por entregas ó de un romance de ciego. Infinitamente más os darían los buenos libros. Y como los libros, los cuadros, las estatuas, la música, de todo lo cual algo disfrutáis al fin y al cabo, en dosis pequeñas y calidades ínfimas, con los grabados de libros y periódicos, las tallas de vuestras propias obras, los cantos populares de vuestra localidad... ¡Figuraos lo que todo eso, depurado y engrandecido, puede traer á vuestra vida, y contad que precisamente vosotros, amarrados á la dura labor manual, sois los que más necesitáis de placeres intelectuales!

Pero no es sólo goce lo que en todo eso hallaréis. Las distracciones elevadas, los placeres del espíritu, producen efectos morales y efectos higiénicos. De una parte, dan al hombre mayor conciencia de su valer y de su dignidad, afirman y dulcifican los sentimientos, hacen amar la paz, despiertan ideas humanas y generosas. Los griegos representaron á Orfeo, su poeta-músico legendario, rodeado de fieras que, olvidadas de sus furores, le escuchan embelesadas; y en esa alegoría quisieron expresar el poder amansador del Arte. De otro gran personaje de la antigüedad, el físico Arquímedes, se cuenta que, absorbido en la resolución de un problema de matemáticas, permaneció ajeno á una gran batalla que se estaba librando en la misma ciudad donde residía, y hasta no vió llegar junto á él á los soldados vencedores, que le dieron muerte: de tal modo la ciencia

le hizo extraño á los ardores guerreros de sus compatriotas.

El que vive á menudo en el seno de la Naturaleza ó se detiene en su estudio, aprende á respetarla, se hace cargo de lo cruel que es maltratar inútilmente á las plantas y á los animales y se siente naturalmente humilde junto á la inmensa fuerza y grandiosidad del mundo.

Pero además de esto, todas las ventajas morales é intelectuales que recibe el espíritu, refléjanse sobre la salud del cuerpo, porque nada hay que ayude más á la regularidad de las funciones naturales, y aun á la curación de las dolencias, que la alegría, el placer, la satisfacción ideal que nacen de una buena lectura, de un buen trozo de música, de un drama conmovedor ó de la contemplación de un paisaje soberbio. Las experiencias de Crichton Browne y de otros fisiólogos, sobre los resultados higiénicos de las lecturas recreativas y de las distracciones de cierto orden, prueban científicamente esta aserción, que por lo demás, á cada paso afirman los médicos, cuando aconsejan levantar el ánimo de los enfermos con alimento de alegría y amenidad para su imaginación entristecida. Y ved cómo volvemos por otro camino á lo útil, pero ya con un sentido más elevado; porque, ciertamente, ¿puede haber algo más útil en nuestra vida que la salud y el buen humor?

Por último, esa cultura general que yo os re-

comiendo ha de servir para cumplir muchos fines esenciales de vuestra vida que no son el del oficio, pero que, á menudo, os importarán más. Me fijaré tan solo en dos: el de padres de familia y el de ciudadanos. Como padres, tenéis que atender á la ordenación económica de la casa, á la disposición higiénica de ella y de los actos que en ella se realizan, á la salud de vuestros hijos, que son pedazos de vuestra alma; y ¿creéis que todo eso se puede hacer bien viviendo en plena ignorancia? De ningún modo. Pensad que muchas de nuestras enfermedades proceden de imprudencias que cometemos, de faltas de precaución, que muy fácilmente se remediarían de saber todos lo poco que hay que saber para evitar aquellas malas consecuencias. No sin profundo sentido decía doña Concepción Arenal, en su hermoso *Visitador del pobre*, que lo primero á que había que enseñar era á ser limpios é higiénicos: cosa compatible en gran parte con la vida más modesta que podáis concebir. ¡Cuántas veces los mismos médicos no hallan terrible oposición á sus salvadoras disposiciones en la ignorancia del enfermo ó de sus parientes! Y fijándonos en los niños, pobres seres casi indefensos, confiados á la bondad y á la previsión de los mayores, ¿en qué gran medida no pudiera evitarse la aterradora mortandad que por culpas nuestras los arrebatara ciegamente de este mundo, dejando un rastro de lágrimas en la casa, con sólo que los padres supieran algo de higiene!

Y esto que digo de la parte higiénica, se aplica á la económica; porque ¡cuántos son más pobres de lo que deberían ser porque no saben emplear y distribuir lo que ganan!

Si de la vida doméstica pasamos á la pública, decidme, vosotros que vais á votar, que tenéis que defender derechos ante los jueces y las autoridades administrativas: ¿cómo habéis de llenar bien aquella función y mantener lo que es vuestro, si ignoráis lo que son esas cosas y hasta de lo mismo que os pertenece no tenéis á menudo noticia? ¿Pues de qué viven el caciquismo y la inmoralidad política, sino de la ignorancia de la masa en este orden? ¿Por qué á tanta gente se la despoja de sus mismos derechos civiles, no ya de los políticos, sino porque desconoce lo que es suyo y se deja engañar por los vividores del papel sellado? Y para la misma defensa de vuestros intereses de clase, ¿no necesitáis acaso saber muchas cosas más de las que puede daros esa escueta educación técnica á que quieren reducir os algunos?

No os contentéis con lo poco, pudiendo tener lo mucho. Abrid vuestro espíritu á todos los vientos de la cultura en la medida que os sea posible. Por modesta que la creáis, llevará en sí una fuerza en orme y será escalón para que os remontéis cada vez más altos. Todo os servirá y de todo sacaréis fruto admirable para vuestra vida. Y no os amilanéis porque la sociedad preste todavía pocos medios para esa obra. Inscribid en vuestra bande-

ra el derecho á la instrucción, para que al fin, todos unidos, lo impongamos al Estado. Pero tened en cuenta que la iniciativa particular, que la buena voluntad, que el ánimo decidido, pueden mucho. Quienes han sabido en pocos años organizarse corporativamente como fuerzas económicas y políticas en el mundo entero, no pueden tener por difícil el proveer por sí solos á muchas de sus necesidades intelectuales. Todos los hombres de corazón os ayudarán en esa empresa; y buena prueba de ello son ya las Universidades populares, las Colonias universitarias y la «Extensión», que conocéis por experiencia propia. La Sociedad de Amigos del País de Oviedo, que tiene tan gloriosa tradición y que hace años cuenta á su frente con uno de los más beneméritos patrocinadores de la educación popular, merced á cuyo arranque generoso vive esta Escuela de Artes y Oficios, también responderá, como ha respondido siempre, á llamamiento tan simpático y de tan alta importancia.